

establecido por un concilio ecuménico (Luterano). ¿Con qué lógica quiere combatirse lo que al juicio protestante privado le parece una «sobrestimación legislativa de la forma» y «falseamiento del objeto» (pág. 45), estableciendo por su parte normas y leyes que, miradas en su origen, no son más venerables ni de más autoridad que las que ha dado la Iglesia católica?

Ese volver a la herencia de los padres (la del protestantismo) de que el autor habla no rara vez (v. gr., pág. 44), ¿no sería volver a una herencia más rica, más antigua, más puesta en razón, si fuera volver a la herencia de San Bonifacio y de tantos y tantos santos y hombres ilustres que han engrandecido las tierras de Alemania?

Nosotros creemos que si los reformadores no lograron renovar la cristiandad y purificarla a base del Evangelio, fué por separarse del principio de unidad y autoridad. Estaban condenados al fracaso y a la interna división y descomposición. Puede ser que las personas que entonces detentaban la autoridad fueran asaz imperfectas y, si se quiere, indignas... Puede ser que no faltaran abusos en muchos eclesiásticos, y aun en costumbres arraigadas... Pero ¿es justo desterrar un abuso con otro abuso, sacudiendo la obediencia, querida por Dios en toda sociedad, y establecida concretamente por Cristo en los mandatarios de su palabra y de su poder?

Para terminar, recordaremos, entre las frases que hemos leído con gusto en el presente libro, la siguiente: que «la fe en la unidad de la Iglesia y el padecimiento que causa el verla desgarrada, nos empuja a la penitencia» (página 51) y a la oración.

MIGUEL NICOLAU, S. I.

B. LLORCA, S. I.; R. GARCÍA VILLOSLADA, S. I.; P. DE LETURIA, S. I.; F. J. MONTALBÁN, S. I., **Historia de la Iglesia Católica**. T. IV, *Edad Moderna* (1648-1951).) *La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo*, por el P. F. J. Montalbán. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos, 1951. XII+852 págs.

Aunque el autor de este IV tomo es el P. Montalbán, fallecido el 1945, se avisa en la portada y en la introducción que la obra fué revisada y completada por los Padres Llorca y García Villoslada, debiéndose a éste tres capítulos completos y la refundición de otros dos, y al P. Llorca la información bibliográfica y el capítulo consagrado a Pío XII.

Dos períodos, tradicionales ya, que separa el 1789, año de la revolución francesa, comprende el volumen, que se inicia con las tristes consecuencias para la Iglesia nacidas de la Paz de Westfalia, y termina con el 1951, fecha de la publicación del libro.

Nos place inmensamente—y no podemos menos de exteriorizar nuestra íntima satisfacción—que exista una relativamente amplia Historia eclesiástica, no traducida, sino escrita por autores españoles, y en la que los acontecimientos de la Iglesia en España o en Hispanoamérica no se limiten a puras anotaciones o ampliaciones del traductor. Es cierto que la bibliografía histórica española

no ha sido abundante y que los trabajos monográficos eran escasos, pero es tarea del historiador conocerlos y no limitarse a referencias de tercera o cuarta mano. Sin detrimento desproporcionado con otros temas propios de una Historia general, los problemas del catolicismo hispano están aquí estudiados con suficiencia y puestos en el lugar que les corresponde los hombres relevantes de la Iglesia española. Todo el capítulo IV, por vía de ejemplo, del período segundo está consagrado a «la Iglesia y el Estado en España y Portugal» y ocupa exactamente setenta y dos páginas, cuando, v. gr., la *Historia de la Iglesia*, del Cardenal Hergenroether (ed. española del 1889), más amplia que ésta que aquí reseñamos, dedica a la misma materia solamente quince páginas. En él, que es uno de los debidos al P. García Villoslada, se resume de mano maestra nuestro agitado siglo XIX.

Otro de los capítulos salidos de la misma pluma es el consagrado a la exposición del jansenismo y de Pascal, materia que el autor conoce profundamente y que va expuesta con galanura y amplitud, tal vez demasiada amplitud, pues aunque el jansenismo constituyó una corriente de inmensas influencias, a nuestro modo de ver, las ochenta y seis páginas que comprende resultan excesivas, y los mismos reparos en la visión de conjunto podrían oponerse a las treinta y seis del capítulo dedicado a Pío XII, del que es casi una pequeña biografía, año a año, cuando pocas más abrazan casi el siglo y medio que corre desde Pío VI a Pío XI, ambos inclusive; y también nos resultan desproporcionadas las casi treinta que historian la extinción de la Compañía de Jesús con relación a las dieciséis destinadas a la vida intelectual y otras tantas a la vida cristiana (institutos religiosos y nuevas devociones) durante los siglos XVII y XVIII. La desproporción es evidente, pero la relativa turgencia de ciertos temas, vista aisladamente, puede convertirse en un valor más del volumen.

La obra del P. Montalbán, tal vez un poco arrebatado y entusiasta en sus exposiciones, tiene el mérito de haber puesto sumo interés en reflejarnos en cada momento la expansión misionera de la Iglesia, tema que tan cordialmente le ha preocupado.

No podemos entrar en análisis minuciosos de los múltiples asuntos incluidos en la historia de la Iglesia de los tres últimos siglos, época verdaderamente difícil, de lógica derivación de los acontecimientos y doctrinas del siglo XVI, pero de marco de vida y de ambientes psicológicos tan dispares.

Pero al escribir esta crítica para la REVISTA DE TEOLOGÍA, me creo en la obligación de subrayar particularmente lo relacionado con la doctrina católica, aunque sentimos no poder ponderar, como lo hemos hecho al señalar la exposición del jansenismo, las del liberalismo, fideísmo, etc. El movimiento modernista, brevemente, y el Concilio Vaticano, con más amplitud, constituyen muy buenas informaciones.

En general, nuestro juicio sobre este IV tomo es muy laudatorio, pues el positivo trabajo de los varios autores que en él han intervenido es un seguro punto de partida y constituye una meritisima fuente informativa.